



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de CEU-Universidad San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

GUERRA EN CUBA Y FILIPINAS (1895-1898)

Luis Eugenio Togoresh Sánchez

LA GUERRA DE CUBA DE 1895

La larga paz de 1880-1895 dejó a España casi indefensa. Los presupuestos propiciados por el ministro de la guerra general López Domínguez convirtieron al ejército español en una sombra de lo que había sido. La trocha Júcaro-Morón quedó abandonada y la guarnición de Cuba se vio reducida en 1895 a menos de 15.000 hombres; siete regimientos de infantería, dos escuadrones de caballería, un batallón de cazadores y una batería de artillería, más un batallón mixto de ingenieros y tres tercios de la Guardia Civil y 60.000 Voluntarios.

El 24 de febrero de 1895 estalla de nuevo la insurrección independentista en Cuba. En la Isla existía una amplia organización insurreccional preparada desde hacía mucho tiempo para terminar con la dominación de España mediante una «guerra generosa y breve». Ese día numerosas partidas de mambís salieron de sus pueblos, la mayoría en Oriente, y se instalaron en la sierra. El capitán general Emilio Calleja decretó el estado de guerra en Oriente, sin llegar a considerar muy preocupante la situación.

El comienzo de la revuelta coincide con un cambio de gobierno en Madrid. Cánovas, por última vez en su vida, se pone al frente del Gobierno de España. Desde un principio decide enviar a Martínez Campos para pacificar la

colonia. Cuando el general Martínez Campos llega a Cuba, también arribaban los hermanos Maceo, Martí y Máximo Gómez, que acaban de dar en Santo Domingo el «Manifiesto de Montecristi», llamando a las armas contra España a la población de Cuba.

El 19 de mayo moría Martí en una escaramuza cerca de Dos Ríos que se produjo entre los 800 guerrilleros de la partida de Máximo Gómez y la columna de medio millar de soldados del coronel Jiménez de Sandoval. Su cadáver fue capturado por los soldados españoles.

Entre marzo y junio de 1896 llegaron a Cuba 20.000 hombres, primero, y luego 12.000 más. Unas fuerzas muy numerosas, pero mal dirigidas por el ya viejo y falto de iniciativa Martínez Campos. Fuerzas que no pudieron evitar la entrada de Gómez en Camagüey, al que pronto se le uniría Cisneros Benthancourt, que iniciaron una serie de ataques a poblados y destacamentos españoles que hacían que la insurrección lograra cada día más partidarios.

La guerra se extendía poco a poco a toda la Isla. El 4 de julio el Capitán General dio un bando en el que se disponía que todos los insurrectos cogidos con las armas en la mano serían sometidos a un consejo de guerra y fusilados. La guerra es ya una realidad dura e imparable. Martínez Campos ha fracasado en su plan de lograr la pacificación con medidas fundamentalmente políticas.

El 12 de julio Martínez Campos salió de Manzanillo para recorrer el Oriente de la Isla. En Peralejo, cuando iba de inspección con su escolta de 200 infantes y 40 jinetes fue atacado por la partida de Maceo que contaba con 7.500 hombres y que operaba por la región de Bayamo. En este combate el caudillo mambí vio la oportunidad de vencer e incluso capturar al mismísimo Martínez Campos. El Capitán General logró salvarse de una derrota gracias a la ayuda que le prestó la columna del general Santocildes, de sólo 1.000 hombres, fuerza de la que cogió el mando directo el propio Martínez Campos, demostrando en el combate cómo su grado y su fama de buen soldado no eran fruto de la política sino de su valor y conocimiento del arte de la guerra. La victoria fue para las armas españolas.

Los mambis llegaron a la conclusión de que para vencer a España tenían que llevar la guerra a la zona más rica y productiva de la Isla, llevar primero la guerra a Camagüey, luego a La Villas y finalmente a Occidente. Quemar ingenios y plantaciones. Cruzar la semiabandona trocha Júcaro-Morón para llevar la guerra hasta las mismísimas puertas del palacio de los capitanes generales de La Habana. La expedición a Occidente de Gómez y Maceo fue concebida como una correría contra las plantaciones e ingenios del Occidente, como una llamada a la insurrección a cuantos estaban en contra de España y dudaban en coger las armas.

El 30 de octubre Máximo Gómez cruza la trocha casi desguarnecida. El 24 de noviembre lo hizo la columna Maceo, con 1.536 hombres, apoyado por las fuerzas de Máximo Gómez que atacaron los fuertes Pelayo y Río Grande. Al día siguiente el presidente cubano Cisneros pasaba revista en Occidente a una fuerza mambí de 1.000 infantes y 3.000 jinetes. Los 1.000 infantes, mandados por Quintín Banderas, marcharon a la sierra de la Trinidad, al sur, y los jinetes al norte, a Matanzas, adonde llegaron después de varios combates el 19 de diciembre.

En esta campaña los mambis estuvieron a punto de entrar en La Habana, pero fueron derrotados por los españoles en el pueblo de Coliseo el 23 de diciembre. Un combate en el que el propio Martínez Campos luchó como un soldado más y en el que se decidió la suerte de La Habana.

El 2 de enero proclamaba Martínez Campos el estado de sitio en La Habana. El día 7 estaban los mambis en el arrabal habanero de Marianao. La insurrección estaba en su momento álgido. Con todo no eran capaces de tomar la ciudad fuertemente defendida y en la que la decidida actuación de los Voluntarios impedía cualquier tipo de manifestación en favor de la causa mambí. Gómez, tras una sangrienta cabalgada, abandonó la provincia de La Habana para al poco tiempo volver. Maceo campaba por la región de Artemisa, en Pinar del Río.

La gravedad de la situación llevó a Martínez Campos a pedir ser sustituido en el mando por el general Valeriano Weyler. Cuando Weyler llegó a Cuba todo el mundo sabía lo que se esperaba de él.

El 12 de febrero Maceo cruzó de nuevo la trocha de Mariel a Majana penetrando en la provincia de La Habana. Dos días antes llegaba el nuevo capitán general, un experimentado veterano de la guerra de Santo Domingo y de la guerra de los Diez Años. Nada más arribar a La Habana, Weyler comenzó la reorganización del ejército. Ordenó la formación de unidades mixtas de soldados peninsulares y guardias civiles, dotando así de confianza y soldados veteranos a las unidades de reclutas bisoños recién llegados de España. Creó columnas mixtas de las tres armas. Cambió el machete por el sable y redujo el peso del equipo de la tropa para lograr que tuviesen una mayor movilidad. Dispuso que la protección de los ingenios y otros establecimientos situados en el campo se confiase a los Voluntarios y a los propios trabajadores. Usó a los soldados con experiencia en Marruecos y en Filipinas como suboficiales o los adscribió a unidades especiales de combate, como era el caso del héroe de Cascorro Eloy Gonzalo que provenía

de Carabineros. Suprimió las posiciones aisladas y creó en su sustitución columnas móviles que se dedicaron a recorrer la Isla y perseguir a los mambís allí donde se encontrasen. Conocedor de la importancia que había tenido la caballería en la Guerra de los Diez Años y del buen resultado que dio a los mambís, gracias a su rapidez de movimientos, creó una poderosa unidad de caballería, de enormes dimensiones, con gran movilidad y capacidad de fuego, el Regimiento Pizarro, compuesta por 1.000 jinetes dotados de excelentes caballos mejicanos. Construyó vagones blindados, dotando cada convoy de dos a cuatro de estos vagones, para poder llevar a las tropas protegidas de un lugar a otro de la Isla. Homogeneizó el armamento de todas las fuerzas combatientes con el excepcionalmente bueno fusil mauser, dejando los viejos remington para la retaguardia. Prohibió la exportación de tabaco y la zafra para ahogar económicamente a los mambís y a sus amigos de fuera de la Isla. Nada más llegar celebró elecciones a diputados y senadores.

Cuando llegó a Cuba se hizo acompañar de un grupo de jefes y oficiales de gran calidad y experiencia, entre los que destaca el que sería 2º Cabo de La Habana el marqués de Ahumada. Su jefe de Estado Mayor el general Ochando, el general Bargés como jefe del ejército de Oriente, ayudado por el general Echagüe y el coronel Vara de Rey. Al general Arolas lo puso al mando de las fuerzas desde Artemisa a la trocha de Mariel y al general Fernández Bernal le hizo responsable del ejército de maniobra, unidad decisiva en la victoria de Rubí. En resumidas cuentas, Weyler aplicó sus conocimientos de la guerra en el escenario caribeño que ya había formulado en su manual de combate de 1868. Suprimió el uso del cuadro. Revitalizó las dos trochas existentes, la de Mariel a Majana y la Júcaro a Morón. Todo estos cambios supusieron la ruina de Maceo que quedó aislado en Pinar del Río. A las pocas semanas de su llegada, un nuevo espíritu de victoria reinaba entre las tropas españolas.

En los veintiún meses de su mando en Cuba sólo dispuso de una estación seca completa para operar, lo que no le impidió desarrollar dos campañas completas, entre febrero a diciembre de 1896 y la de 1897, en las que cambió totalmente la suerte de la guerra.

A finales de marzo de 1896 el Ejército Español en Cuba tenía unos efectivos de 120.000 hombres, de los que unos 6.000 eran bajas por enfermedad, una fuerza importante que contaba con el apoyo político de Madrid para vencer. Unos meses después, en enero de 1897, el ministro de la Guerra Azcárraga había llevado a Cuba el ejército más grande de la historia que había cruzado el Atlántico, 220.000 hombres.

El primer objetivo de Weyler era expulsar a Gómez y Maceo de Occidente. Dividió el país en zonas de 200 ó 250 kilómetros cuadrados, situando en cada una de estas zonas un batallón y un escuadrón de caballería, al tiempo que organizaba columnas móviles muy fuertes para realizar ataques y persecuciones.

La trocha de Mariel a Majana se convirtió en una pieza fundamental de su estrategia para terminar con Maceo, encerrándolo en Pinar del Río. En abril la trocha estaba terminada y tenía 12.000 hombres de guarnición, mandados por el general Arolas.

El plan de Weyler era acosar a Maceo en su «prisión» de Pinar del Río, obligarle a combatir y finalmente destruirle. Para lograr este objetivo organizó tres columnas que se dedicaban a perseguir y atacar a los mambís, empujándoles hacia la población de Rubí en plena Sierra de Rosario, en el extremo norte de la Isla. A pesar del acoso que sufría Maceo logró suministros y refuerzos en alguna ocasión, lo que prolongó su resistencia, aunque cada día sus tropas estaban más desmoralizadas y en peores condiciones de combate, como consecuencia del continuo acoso de las tropas españolas y de las órdenes de concentración de campesinos dispuestas por Weyler desde el 21 de octubre que le privaba de alimentos.

La resistencia finalmente fue vencida cuando las tropas de Weyler ocuparon el Rubí y terminaron de limpiar

de guerrillas toda la Sierra del Rosario el 10 de noviembre de 1896.

Maceo se vio obligado a abandonar Pinar del Río y huir para unirse a Máximo Gómez en Oriente. Logró cruzar la trocha Mariel a Majana en barca, con sólo veinte compañeros. Una vez en territorio de La Habana, marchó hacia el sur, siendo esperado por los mambís existentes en la zona y por la fuerza española que, conocedora de sus propósitos, estaban alerta para capturarlo. El 4 de diciembre de 1896 el batallón San Quintín y la guerrilla de Peral, mandados por el comandante Cirujeda, sorprenden a Maceo y a su partida compuesta por 1.200 mambís en el paraje de Montes de Oca, donde los derrotan y dispersan. El 7 de diciembre es localizado Maceo en su huida por las fuerzas de Cirujeda que traban combate. Maceo cae muerto junto a Panchito Gómez, hijo de Máximo Gómez. Ese mismo día se produjo otro combate entre las fuerzas del general Figueroa y el coronel Tort, que mandaban los regimientos Pizarro, la Reina y el batallón La Navas, y una partida de 4.000 mambís venidos de La Habana y Matanzas. Las armas españolas lograron una completa victoria.

Con la muerte de Maceo —que fue un duro golpe para la insurrección, pues su figura era insustituible— todo Pinar del Río estaba bajo control. En La Habana y Matanzas se estimaba que no pasaban de 200 los mambís. Occidente se podía considerar pacificado.

La llegada de Calixto García a Cuba en marzo fue un importante revulsivo para los insurrectos; traía un cañón, armas y sobre todo levantó la moral. Su llegada permitió a Gómez operar y lograr una pequeña victoria, la conquista del fuertecito de Loma de Hierro. En Oriente las fuerzas españolas seguían a la defensiva. Para tener la iniciativa Weyler ordenó reconstruir y ampliar la trocha de Júcaro a Morón.

El 11 y 12 de junio se produjo la batalla de Saragota en la que las fuerzas del general Jiménez Castellanos se enfrentaron a las de Gómez. No hubo vencedores ni vencidos, siendo esta la batalla en la que más efectivos

combatieron de ambos bandos de toda la guerra. Después de esta batalla Gómez decidió quedarse en Oriente, renunciando a llevar la guerra a Las Villas por miedo a quedar aislado. El 21 de septiembre de 1896 Gómez atacaba el pueblo de Cascorro, defendido por 170 soldados, que resistieron trece días y que fueron liberados por la columna de Jiménez Castellanos. El 17 de octubre Gómez y Calixto García sitiaban Guáimaro con 2.000 hombres y dos cañones, tomando el pueblo el día 28 tras la rendición de sus 200 defensores.

Gómez, tras los combates de Cascorro y Guáimaro, cruzó la trocha para intentar aliviar la presión sobre las partidas de la zona Occidental, haciendo correr el rumor de que preparaba una segunda invasión de la zona de La Habana. Cruzó la trocha de Morón el 26 de diciembre con 400 guerrilleros bisoños, 600 armas de fuego y 200.000 cartuchos. Marchaba a Occidente, pero estaba vencido. Se tuvo que refugiar en una zona de escasos 160 kilómetros cuadrados, contando con sólo unos 300 hombres, y dando sólo veintiséis pequeños combates en todo un año, la mayoría para defender sus posiciones frente a las columnas españolas que le acosaban.

A comienzos de 1897 Weyler tenía ya su ejército reorganizado y compuesto por unos 200.000 hombres. Su plan era ir moviendo hacia el centro de la Isla estos efectivos que estaban en la zona Occidental, empujando a los mambís.

La estrategia de Weyler de acosar a Gómez sin tregua, procediendo a la concentración de población y poder así terminar con los recursos del campo de los que vivían los rebeldes sobre el terreno, estaba dándole la victoria en la guerra. Aunque su estrategia le llevaba a la victoria, la presión que la prensa norteamericana hacía de su mando con la excusa de la concentración de la población y las penalidades que ésta padecía, hacían cada día más factible una intervención norteamericana que podía hacer que España perdiese Cuba. Políticos españoles como Sagasta, Moret o Silvela arremetían también contra Weyler en la Península. La guerra estaba

a punto de ser ganada, esto lo sabían Cánovas y Weyler, pero no impedía que Sagasta afirmase que España sólo dominaba en Cuba la tierra que pisaban nuestros soldados y que el irresponsable Segismundo Moret —movido por intereses de partido— dijese en el senado que las victorias de Weyler eran mentira.

No todo lo logrado por Weyler fueron victorias. La guerra en Cuba era muy dura y los soldados españoles seguían pagando a finales del siglo XIX un alto precio personal. Gonzalo Reparaz denunciaba las condiciones inhumanas en que vivían y combatían los soldados españoles en Cuba, señalando la incompetencia y corrupción de algunos de sus mandos: «*El soldado padece hambre, mucha hambre, y fatiga sin cuento y sin sustancia. Ayer me decía uno que se había pasado cinco días con una galleta. No se hace más que un rancho con carne palpitante cuando la hay, y de esta carne se le hace guardar a cada soldado una tajada para todo el día siguiente hasta la tarde*»¹. Contaba también Reparaz que «*para la segunda campaña de Pinar salió Weyler de Artemisa con 7.000 hombres. Llegó a Candelaria con 2.700. Los demás cayeron por el camino de hambre y cansancio. El general en jefe mandó que a los más extenuados, es decir a los moribundos, se les recogiesen las armas y municiones y se les abandonase a su suerte*»². En 1897 el inspector de sanidad del ejército Fernández Losada hablaba de 32.000 hombres enfermos en los hospitales cubanos, así como numerosos hombres en muy malas condiciones sanitarias, siendo conveniente su repatriación. La realidad de la guerra era muy dura. No se le podía imputar a Weyler nada de lo que no se pudiese acusar a cualquier otro general prestigioso de su época.

La muerte de Cánovas el 8 de agosto de 1897 supuso que, tras unos meses de gobierno del general Azcárraga, se hiciese cargo de la dirección del Consejo de Ministros

el irresponsable y demagógico en la cuestión cubana Sagasta. Llegó con la convicción de que iba a poder pacificar Cuba mediante medidas políticas, idea que se vio acentuada por la victoria más propagandística que real de los mambís en Tunas el 27 de agosto de 1897.

El 9 de octubre era cesado Weyler como capitán general de Cuba, ante el asombro de su ejército y las protestas de los Voluntarios, siendo enviado para sustituirle el desprestigiado general Blanco, ex capitán general de Filipinas. La españolidad de Cuba fue asesinada el mismo día en que fue asesinado Cánovas.

Cuando Weyler volvió a España estaba todo preparado para empujar a los mambís desde el extremo más oriental de la Isla hacia la trocha y acabar así con su resistencia en Oriente y Camagüey. Weyler pensaba desembarcar veinticinco batallones en Baracoa y desde allí iniciar la limpieza del territorio.

Sagasta concedió la autonomía a Cuba y Puerto Rico y ordenó la cancelación de las órdenes de concentración de Weyler, para así intentar calmar a los Estados Unidos, al tiempo que enviaba más soldados a la Isla. Como respuesta a estas medidas, Calixto García atacó el destacamento de Guisa, a los pies de Sierra Maestra, pasando la guarnición a cuchillo: cuando llegaron los españoles encontraron a los defensores atados a las ruinas humeantes de las casas incendiadas y a 57 soldados ahorcados en las palmeras. El jefe mambí demostraba así que no aceptaba las medidas políticas de Sagasta. Era una guerra sin cuartel, independencia o nada. Después de este combate los mambís estuvieron durante meses inactivos, ya que eran incapaces de operar. Weyler seguía ganando la guerra incluso desde Madrid. Nadie en España dudaba de la pacificación lograda por Weyler.

La sustitución de Weyler por Blanco despertó el descontento entre la mayor parte del Ejército Español en

¹ GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P., *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2003, pp. 281.

² GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P., *La configuración de...*

Cuba, que veía como se perdía todo lo ganado con tanta sangre y esfuerzo: «*El Ejército —dice Puell— vio mer- mados los ya escasos recursos económicos de que dis- ponía y los soldados dejaron de percibir sus haberes, al invertirse íntegramente la renta de las aduanas en el pago de las nóminas de la autonomía, y la ración se limitó a un puñado de arroz y unas gotas de aceite, por haber cesado los propietarios de los ingenios de sumi- nistrar al Ejército. Pero quizás lo más indignante fue el trato privilegiado que Blanco dio a los damnificados por las concentraciones de Weyler. Mientras en los cam- pamentos militares se aprendían a convivir con las esce- nas de miseria, en los campos de refugiados, no se esca- timaba dinero, alimentos y medicinas para compensar las carestías sufridas en años anteriores*»³. Por causa de los disturbios provocados por los partidarios de Weyler los días 12, 13 y 14 de enero contra Blanco, se dirigió a La Habana el crucero Maine. Entraba en el puerto el día 25. Su estallido fortuito durante la noche del 15 de febrero de 1898 en pleno puerto de La Habana fue le excusa perfecta para declarar la guerra a España.

Blanco disponía a finales de 1897 de 191.829 solda- dos y 86.628 voluntarios, dotados de buena moral, razo- nablemente equipados y con un estado sanitario acepta- ble para lo que era el ejército español de la época. Los mambís seguían siendo numerosos, pero estaban mal armados, muchos de ellos muy enfermos, carentes de organización y municiones, convertidos en pequeñas partidas de bandidos, incapaces de ser una fuerza mili- tar medianamente operativa. Sólo restaba terminar la pacificación de Oriente y Camagüey para que las armas españolas hubiesen logrado una rotunda victoria.

Blanco cambió el plan de operaciones, lo que no impidió que iniciase de forma decidida y exitosa la paci- ficación de Oriente y Camagüey. En abril se puede decir que estaba Blanco, tras más de tres meses de intensos

combates, a punto de lograr sus objetivos cuando el gobierno Sagasta decidió, a petición de la Santa Sede y de los Estados Unidos, decretar unilateralmente la sus- pensión de las operaciones militares, lo que supuso que los mambís pudiesen escapar de la aniquilación y reor- ganizarse. El 20 de abril McKinley daba su ultimátum a España. Iba a empezar otra guerra. Blanco pudo alcan- zar la victoria que Weyler le había puesto en bandeja. El 10 de abril de 1898 terminaba la guerra de Cuba de 1895, sin alcanzarse ningún resultado, dando paso a la guerra hispano-norteamericana de 1898.

LA GUERRA CONTRA LOS ESTADOS UNIDOS EN CUBA Y PUERTO RICO DE 1898

Nada más empezar la guerra con los Estados Unidos el 25 de abril de 1898, el nuevo gobierno autonómico cubano, creado el 1 de enero de ese mismo año, denun- ció la agresión de los Estados Unidos gestada bajo la excusa de lograr la libertad de Cuba cuando la Isla ya era libre.

Washington siempre había querido hacerse con la posesión de Cuba. La llegada a la presidencia de los Estados Unidos de McKinley y de su belicoso secreta- rio de Estado John Sherman dejaban traslucir unas intenciones nada tranquilizadoras para España.

Antes del inicio de la guerra con los Estados Unidos, desde distintos estamentos del Ejército y en diversas publicaciones militares especializadas se alertó del rear- me que habían realizado los norteamericanos en los últi- mos tiempos y sobre la urgente necesidad de subsanar los defectos que en materia de distribución de tropas, víveres, carbón para los buques de guerra, etc. sufría la isla de Cuba. La clase política española y algunos mili- tares insensatos alentaron la idea de que para ganar la

³ GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P. *La configuración de...*, pp. 286.

guerra bastaba con la mejor calidad humana de los soldados españoles sobre los norteamericanos, siendo esto suficiente para equilibrar la inferioridad técnica existente entre ambas fuerzas armadas —especialmente en la escuadra—, con la única finalidad de no tomar decisiones impopulares o tener que gastar el presupuesto en defensa.

A finales de 1897 el general en jefe del ejército norteamericano Nelson A. Miles tenía órdenes concretas sobre la futura anexión de Cuba y Puerto Rico, en tanto que la flota del Pacífico recibía instrucciones para atacar Filipinas.

Desde el 22 de abril buques yanquis patrullaban las costas de Cuba, apresando los mercantes españoles con los que se topaban, iniciándose así el bloqueo de Cuba. Un bloqueo que, si la escuadra española no lograba levantar, supondría la rendición por falta de suministros de la guarnición y de toda la Isla. El 1 de mayo se produjo en Filipinas la batalla de naval de Cavite, mientras en Cuba el almirante yanqui Sampson entraba en contacto con Máximo Gómez y sus buques bombardeaban Cárdenas y Cienfuegos, buscando un lugar para desembarcar tropas tras el fracaso de Pinar del Río.

El 19 de mayo llegaba el almirante Cervera con la escuadra a Santiago de Cuba, siendo rápidamente bloqueado por la escuadra norteamericana. La suerte de la guerra pasaba fundamentalmente por lo que ocurriese en el mar. Si el bloqueo al que los norteamericanos sometían Cuba no era roto por la escuadra española, la colonia, aislada de su metrópoli, más tarde o más temprano tendría que rendirse.

Al inicio de la guerra con los Estados Unidos, España contaba en Cuba con algo más de 152.000 hombres del ejército regular, más 30.000 guerrilleros, a los que había que sumar la guardia civil, infantes de marina y voluntarios, lo que hacía un total de unos 275.000 hombres. De estas fuerzas en Oriente —el lugar elegido por los norteamericanos para desembarcar sus tropas de tierra— se encontraban 21.700 soldados distribuidos de

la siguiente forma: 7.800 hombres en Santiago de Cuba, 3.500 en Manzanillo, 2.400 en Bayamo, 400 en Jiguaní, 3.900 en Holguín, 780 en Puerto Padre, 1.600 en Guantánamo y 200 en Baraco, a los que hay que sumar las columnas de Vara de Rey con 400 hombres y la de Escario con 800.

El 7 de junio 600 soldados norteamericanos, apoyados por fuerzas mambís, desembarcaban en Guantánamo. El 12 se produjo un combate en el que los yanquis fueron derrotados y se impidió su propósito de atacar Santiago por tierra. El general Linares pidió ayuda al almirante Cervera que ordenó el desembarco de unos 1.000 hombres de la escuadra y de algunos cañones de campaña mandados por el capitán de navío Joaquín Bustamente. Linares dispuso que las columnas de Vara de Rey, Parejo y Escario se concentrasen en Santiago para defender la ciudad y así poder contar con una masa de operaciones importante para operar.

El 20 de junio el 5º cuerpo del ejército norteamericano, mandados por Shafter, compuesto por 17.000 hombres, llegaba a Cuba. Desembarcó, siguiendo el plan trazado por Calixto García, en Daiquirí, con el propósito de atacar Santiago desde el este, mientras los mambís cerraban el cerco sobre la ciudad desde el oeste. Las fuerzas norteamericanas desembarcaron sin casi resistencia, avanzando hasta tomar el pueblo de Siboney, persiguiendo a algunas tropas españolas hasta las alturas de Las Guásimas, donde encontraron fuerte resistencia. Empezaban los únicos y más importantes combates terrestres de la guerra de 1898 en Cuba.

El 24 de junio la división norteamericana mandada por el general Joseph Wheeler atacó las posiciones españolas de la Guásimas o Altos de Sevilla defendidas por 1.500 hombres y una batería Krupp. Los yanquis atacaron desde Siboney con 460 hombres de la brigada Young y con 500 jinetes, los «*Rough Riders*» de Theodor Roosevelt. Fueron rechazados. Las tropas españolas, cumpliendo las órdenes del general Linares, se retiraron a Santiago.

Mientras la escuadra de Sampson bombardeaba Santiago, la columna del coronel español Escario reconquistaba Bayamo, luchando contra las guerrillas mambís que infectaban nuevamente la zona.

El 1 de julio Shafter decide ocupar las alturas de San Juan y el fuerte de El Caney que cortaban su avance hacia Santiago⁴.

El fuerte de El Caney estaba defendido por el general Vara de Rey y 520 hombres. Era un pequeño blocao de piedra —El Viso— y otros cuatro fortines de madera, todos unidos por alambradas y trincheras, junto a varias casas y la iglesia que fueron aspilleras. Para su asalto los norteamericanos contaban con 6.600 hombres de la división de Lawton, abundante artillería y 3.000 hombres de las fuerzas de Calixto García. El combate empezó a las seis de la mañana, pulverizando la artillería yanqui las defensas, aunque esto no sirvió para aminsonar el fuego de fusilería español, mandado en persona por Vara de Rey desde una camilla, pues estaba herido en las dos piernas, manteniendo a los norteamericanos y mambís a distancia. Los ataques de los norteamericanos y sus amigos cubanos no daban fruto, a pesar de su superioridad numérica.

A las tres de la tarde Shafter ordenó retirarse a Lawton, pero éste se negó a obedecer, logrando por fin tomar la posición a las cuatro y media después de nueve horas y media de combate. Durante la retirada, murió Vara de Rey. Sólo 60 soldados españoles llegaron a Santiago: los españoles tuvieron 447 bajas, el 90%, y los yanquis 436 el 7% de sus efectivos.

A la misma hora que empezaba la batalla de El Caney, los norteamericanos iniciaban el bombardeo de las alturas de San Juan, que estaban defendidas por tres compañías de infantería, una sección de piezas de artillería Krupp, más una docena voluntarios. En total 450 hombres. Las divisiones yanquis de Wheeler y Kent ini-

ciaron el asalto siendo desorganizadas por el nutrido fuego de los cañones y mauser de los españoles. La partida de cubanos de González Clavel fue la que mantuvo las posiciones hasta la llegada de refuerzos norteamericanos.

Cuando la aplastante superioridad numérica resultaba invencible, los norteamericanos reiniciaron el asalto. El general Linares fue herido en el combate, todos los artilleros murieron en sus puestos al negarse a retirarse, así como la mayor parte de los soldados de infantería. La guerrilla de Puerto Rico y varias unidades de infantes de marina que intentaron socorrer a los defensores de la loma de San Juan fueron barridos por el fuego enemigo, entre ellos el capitán de navío Bustamante que los mandaba. A las tres de la tarde terminaba el combate. Las pérdidas españolas habían sido terribles: 358 hombres y por la parte norteamericana 1.012. Había alguna unidad norteamericana que había perdido el 25% de sus efectivos.

Vencida la resistencia de El Caney y en las lomas de San Juan, el 5º cuerpo norteamericano procedió a completar el cerco de Santiago. Las tropas cubanas cavaron varios kilómetros de trinchera para lograr el asedio a la ciudad.

La dureza de los combates llevaron a Shafter a no atreverse a asaltar Santiago, confiando en que la escuadra de Sampson entraría más tarde o más temprano en la bahía y obligaría a rendirse a la ciudad. El 3 de julio, después de dar más de cuarenta combates contra los cubanos insurrectos, la columna Escario entraba en Santiago rompiendo el cerco con sus 3.500 hombres. La falta de alimentos convertían la situación de los españoles sitiados en insostenible.

El 2 de julio Cervera recibía la orden terminante de Blanco de romper el bloqueo e ir a La Habana. La flota salió el día 3, siendo totalmente destruida por la flota de

⁴ Se iniciaba una batalla que ha sido calificada como una de las mayores muestras de incompetencia militar de la historia por la forma en que la planificaron los generales norteamericanos. REGAN, G., *Historia de la incompetencia militar*, Crítica, Barcelona, 1989.

Sampson que la esperaba. Cuba estaba definitivamente abandonada a su suerte, ya que desde España no se iba a poder recibir ningún tipo de ayuda, pues el dominio del mar por parte de los norteamericanos era absoluto. El gobierno era tan pesimista que Sagasta llegó incluso a temer el bombardeo de las costas españolas por parte de los buques norteamericanos e incluso el desembarco de tropas norteamericanas en las Canarias.

Los días 4 y 5 de julio, acosados por el hambre, abandonaron Santiago unos 30.000 civiles. La columna del general Luque, que podía haber socorrido Santiago desde Holguín, fue atacada por fuerzas mambís que impidieron su llegada a Santiago. El 10 y 11 Santiago empezó a ser bombardeada por la flota norteamericana con total impunidad. Para defender la plaza y su perímetro defensivo de ocho kilómetros quedó el general Toral con sólo 9.000 hombres, sin municiones ni alimentos. Estaba sitiado por 15.000 norteamericanos y 5.000 cubanos, más la escuadra del almirante Sampson. El 16 capitulaba la ciudad, entregando Toral el mando de la plaza a Sahfter el 17.

El 25 se iniciaba el desembarco de las tropas norteamericanas en Puerto Rico, llegando la noticia de armisticio entre Madrid y Washington antes de que los yanquis hubiesen podido entrar en la capital de la isla, San Juan⁵.

El 12 de agosto se firmaba el fin de las hostilidades mediante un acuerdo de armisticio, inaugurándose las conversaciones de paz en París el 1 de octubre. España había perdido la guerra, y como consecuencia de su derrota tuvo que entregar sus últimas posesiones en América, Cuba y Puerto Rico, así como las Filipinas y la isla de Guam. Todo se había perdido. Ya sólo quedaba la repatriación de los heridos y de las tropas, de unos hombres que venían con el alma y el cuerpo destrozados y a los que la clase política y la sociedad española nunca les agradeció el sacrificio que habían hecho por su patria.

FILIPINAS. LA INSURRECCIÓN TAGALA DE 1896-1897

El estallido de una nueva insurrección en Cuba en 1895 incitó a los sectores más cultivados y europeizados de la sociedad hispano-tagala a intentar librarse del dominio español mediante la violencia. Desde el 7 de julio de 1892 existía una sociedad secreta antiespañola, el **Katipunan** y ahora llegaba su momento.

El 20 agosto de 1896 dio comienzo la insurrección contra España. Durante un año y medio España emplearía sus últimos soldados en derrotarla. Tres de sus más prestigiosos generales, Blanco, Polavieja y Primo de Rivera, serían los responsables consecutivos de la dirección de esta guerra.

Al inicio de la revuelta el capitán general Blanco sólo contaba con 309 soldados europeos pertenecientes a un regimiento de artillería de guarnición en Manila, estando el resto de las tropas del archipiélago compuesto por indígenas, principalmente tagalos, mandados por jefes, oficiales y clases peninsulares. El 25 de agosto buena parte de las tropas indígenas desertaron uniéndose a los rebeldes. Las escasas tropas indígenas que permanecieron fieles a España se batieron con eficacia, dando grandes pruebas de valor y arrojo. La situación era crítica.

Como consecuencia de la falta de tropas que sufría el Gobierno, desde un primer momento se organizaron unidades de voluntarios, que ayudaron con eficacia a vencer la rebelión.

Los desórdenes rápidamente se extienden desde Manila a las provincias de Cavite y Nueva Écija. El 30 de agosto declaraba el general Blanco el estado de guerra en casi la totalidad de la isla de Luzón, al tiempo que solicitaba con urgencia refuerzos a Madrid. Desde España partieron hacia Filipinas las escasas tropas dis-

⁵ RAMOS, D., «La situación bélica en Puerto Rico en torno al 1898». *El Ejército y la Armada en el 98*, Madrid 1998, pp. 101-114.

ponibles, junto a los cruceros «Isla de Cuba» e «Isla de Luzón».

Blanco era culpable —como lo fue durante la Guerra Chiquita— de no haber tomado las medidas preventivas necesarias para impedir el estallido de la revuelta, teniendo noticias como tenía de lo que se preparaba. Estos errores iniciales no le impidieron que, a pesar de sus escasos efectivos, lograrse hacer fracasar el primer golpe de mano e impidiese que la revuelta se extendiese por todas las Filipinas.

Entre las causas del fracaso de la conspiración en su intento de terminar con los peninsulares de un golpe, así como en las operaciones militares de las primeras semanas de la revuelta, hay que señalar la carencia de armas de fuego que tuvieron desde el primer momento los katipuneros. Nunca dispusieron de más de 1.500 armas de fuego de todo tipo, siendo las mejores de éstas las que aportaron los desertores del ejército español.

A mediados de septiembre los desórdenes se limitaban a la provincia de Cavite y algunos pueblos de Nueva Écija, pudiéndose considerar que la sublevación había fracasado en sus propósitos iniciales, comenzando una larga guerra, repleta de pequeños combates; durante el mes de octubre se produjeron más de cien⁶.

El 3 de diciembre de 1896 el general Polavieja llega a Manila para inmediatamente hacerse cargo del mando en sustitución del desprestigiado Ramón Blanco. Desde el primer momento se propondrá desarticular la rebelión mediante el uso del ejército, logrando importantes éxitos en Nueva Écija, La Laguna, Batangas, Zambales y Bataán y, sobre todo, en Cavite.

Entre sus primeras medidas estuvo el ordenar la concentración de la población rural de las provincias de Bataán, Bulacán, Manila, Cavite, Morong, Laguna y Batangas, al tiempo que iniciaba el agrupamiento de hombres y caballos — comprados en gran número en Australia— para poder tomar la iniciativa⁷.

Para llevar adelante su minucioso plan de operaciones, Polavieja organizó, con fecha 7 de febrero de 1897, una masa de maniobras bajo el nombre de Ejército de Operaciones en la Isla de Luzón, más conocida por División Lachambre, compuesta por tres brigadas de infantería. El plan de operaciones de Polavieja consistía en aislar a los insurrectos en Cavite, cortando sus comunicaciones con las provincias de La Laguna, Batangas y Manila y proceder a su cerco y aniquilación sistemática.

Polavieja atacó el núcleo de la sublevación en Cavite, donde los insurrectos tenían varios campos fortificados, gran cantidad de municiones y armas de fuego y unos efectivos en torno a los 30.000 hombres. Entre el 16 y 23 de febrero de 1897 los katipuneros son vencidos en toda la provincia y desalojados de sus reductos. El caudillo tagalo Aguinaldo, vencido, huyó a la zona de Imus y el jefe Bonifacio escapó a Naic.

La rebelión, a pesar de sus continuas derrotas, seguía muy virulenta en Tondo, Silang, Dasmariñas y Zapote. Las tropas españolas se veían empeñadas en una verdadera guerra de reconquista.

El 22 de marzo de 1897 es nombrado Fernando Primo de Rivera nuevo Capitán General de las Filipinas. El 23 de abril llega a Manila y se hace cargo del mando del archipiélago. Primo de Rivera calculaba

⁶ Paralelamente a la grave situación que se vivía en Luzón estallaron dos pequeñas revueltas en otros puntos de la colonia: En Mindanao, en el Fuerte Victoria donde la 3ª Compañía disciplinaria pasó a sus mandos a cuchillo y entre las tropas tagalas del regimiento núm. 68 de guarnición en Joló.

⁷ A finales de diciembre llegó el vapor «San Fernando» que transportaba desde Barcelona al 8 Batallón expedicionario, esperándose, en breve, la llegada de 5.000 hombres a bordo del «Colón» y del «Magallanes». Se compraron importantes lotes de caballos en Australia para dotar de monturas al Ejército.

a su llegada a Filipinas que los insurrectos eran unos 25.000 con unas 1.500 armas de fuego de todo tipo.

Cuando Polavieja dejó el mando de Filipinas, las provincias al norte de Luzón estaban totalmente pacificadas, así como las de Bataán, Zambales y Manila. En Móring y La Laguna apenas había 300 insurrectos, existiendo pequeños grupos en Tarlak, Pangasinán, Nueva Ecija y Pampanga. En la zona de Cavite y Batangas quedaban unos 4.000 katipuneros. El resto del archipiélago estaba bajo control de las tropas españolas. Con todo, aún falta mucho para lograr la pacificación de la colonia, ya que la táctica de guerrillas adoptada por los tagalos impedía consolidar lo conseguido.

El centro de las operaciones militares seguía estando en Cavite. Las fuerzas que destinó para estas operaciones Primo de Rivera quedaron estructuradas en cuatro brigadas independientes: una al mando del general Suero, situada en San Francisco de Malabón; otra al mando del general Pastor, en Imus; la tercera estaba en Silang al mando del general Ruiz Sarralde, y la cuarta, al mando del general Jaramillo en Batangas.

En un solo mes de operaciones los katipuneros son vencidos en Cavite. El caudillo Aguinaldo se vio obligado a huir nuevamente, ahora hacia la provincia de Nueva Ecija y Bulacán, quedando sólo algunas partidas en Talisay y San Pablo. Los rebeldes habían sido empujados hacia las provincias de Bulacán, Nueva Ecija y Pampanga, así como al monte Aráyat y a la zona de Biac-na-bató, donde se encontraban emboscados en las sierras y selvas, resultando casi imposible vencerlos gracias a sus tácticas guerrilleras. Durante el mando de Polavieja, habían elegido los pueblos para hacerse fuertes y combatir, lo que les llevó a ser sistemáticamente derrotados, por lo que habían cambiado su forma de luchar en favor de las guerrillas que les hacían menos vulnerables. Sus tácticas hacían muy difícil lograr la pacificación y la obtención de victorias decisivas a las tropas españolas.

Las operaciones ejecutadas bajo el mando de Primo de Rivera se caracterizaron por el sello de la actividad y

la decisión. Mientras que la división Lachambre no realizó nunca movimientos por brigadas independientes, las cuatro brigadas creadas por Primo de Rivera atacaron solas y de forma simultánea las poblaciones de Naic, Amadeo e Indang, brigadas que a pesar de ser muy reducidas sus fuerzas salieron siempre victoriosas. La campaña fue tan rápida como exitosa, faltándoles sólo el haber logrado impedir la fuga de Aguinaldo, algo casi imposible dada la naturaleza del terreno.

Primo de Rivera pensaba que las medidas militares no traerían la paz deseada con rapidez, al estar las partidas rebeldes diseminadas por las selvas. España necesitaba concentrar todas sus fuerzas y energías en el absorbente conflicto antillano, y, muy especialmente, en unos momentos en que la actitud de los Estados Unidos se comenzaba a configurar como una amenaza mayor que la propia insurrección.

El 5 de octubre de 1897 Primo de Rivera pone su cargo a disposición del nuevo gobierno nacido como consecuencia del asesinato de Cánovas durante el verano. Unos días después, el 7 de octubre, propone un plan para terminar con la revuelta de forma rápida, mediante el pago de un millón setecientos mil pesos a los jefes tagalos, a cambio de que se rindan con sus hombres y entreguen sus armas. Está convencido que *manu militaria* puede terminar con la insurrección, pero no sabe cuánto tiempo y cuánta sangre española puede costar alcanzar la victoria. ¡España no puede mantener abierta dos guerras coloniales al mismo tiempo!

Su plan es aprobado por el gobierno Sagasta, aunque Primo de Rivera, en la duda de que se pueda llevar a cabo, sigue operando con sus tropas contra los katipuneros. Para amedrentar la moral de los insurrectos, que aún resistían en Biac-na-bató, foco central de la insurrección en aquellos momentos, Primo de Rivera aceleró las operaciones creando una fuerte línea militar en torno al campo atrincherado tagalo, al tiempo que perseguía y acosaba, incluso, a las familias de los rebeldes.

El avance de las tropas españolas era ya imparable. Se habían tomado Ilorong, Puray, Minuyan y Arayat entre el clamor de las provincias no tagalas, gracias a las fuerzas regulares y al decidido apoyo de unidades de voluntarios españoles y filipinos. Ocupar Biac-na-bató era seguro pero, dado lo accidentado de la zona, Primo de Rivera no tenía confianza en poder apresar a los jefes de la revuelta, aunque estaba convencido de que éstos sólo se convertirían en algunas partidas sueltas de escaso poder una vez rendidos sus refugios. Comprarlos era lo más seguro.

El 14 de ese mismo mes informa Primo de Rivera a Sagasta de la firma de los acuerdos económicos de Biac-na-bató que ponían fin a la revuelta. El pago de importantes cantidades de dinero a los más importantes caudillos tagalos garantizaba la eliminación de las guerrillas más importantes, aunque no de todas. El dinero servía para acortar la guerra, lográndose un importante ahorro en dinero y sangre, de lo que tan necesitados estaba España.

Vencidos, o mejor comprados por el oro de España, Aguinaldo y sus jefes más destacados eran desterrados fuera de Filipinas. Primo de Rivera pensaba que las pequeñas partidas que aún resistían se convertirían en grupitos de bandidos que terminarían por ser apresados por la Guardia Civil.

Los brotes insurgentes continuaron en los meses siguientes, pero, a pesar del carácter derrotista que intentaron darle a esta paz algunos enemigos de España de dentro y fuera de sus fronteras, los acuerdos de Biac-na-bató fueron un acierto. Los sucesos de Zambales, la conspiración de Manila, la insurrección de Ilocos, los combates en los montes Mangatarem, los asesinatos de

Europeos en Pampanga y los sucesos de Cebú en las Visayas, no eran más que los lógicos coletazos de casi dos años de guerra. Sin la intervención de los Estados Unidos, España habría logrado con toda seguridad la pacificación de Filipinas.

LA GUERRA HISPANO NORTEAMERICANA DE 1898 EN FILIPINAS

El 3 de septiembre de 1897 el Ministro de Ultramar ordenaba al Capitán General de Filipinas que tomase medidas ante una posible guerra con los Estados Unidos. El 20 de enero de 1898 el agregado naval español en Washington informaba que, en caso de guerra, las Filipinas serían la primera posesión española atacada por el ejército norteamericano⁸.

El 12 de marzo de 1898 Primo de Rivera recibía nuevas instrucciones en las que se le instaba a preparar la defensa del archipiélago ante un posible conflicto armado. Cumpliendo estas órdenes, inició la instalación de diversas baterías de costas y la construcción de 15 blocaos, situados unos de otros a una distancia aproximada de 1.000 metros, con capacidad para 25 o 30 hombres, con la finalidad de defender los barrios exteriores de Manila de un ataque por tierra⁹. Primo de Rivera, sin embargo, no procedió a ordenar la concentración de la guarnición del archipiélago en Manila, manteniendo su despliegue por todo el archipiélago — de una forma muy parecida a la que tradicionalmente tiene la Guardia Civil — pues estaba terminando la pacificación de la colonia tras la revuelta tagala de 1896-1897 y quería, ante todo, impedir un rebrote de la insurrección.

⁸ BLANCO NÚÑEZ, J., «De Cavite a Santiago», *La Marina ante el 98*, Madrid, 1990, pp. 10.

⁹ Los trabajos empezaron el 17 de marzo y dada la urgencia de su posible entrada en servicio se destinaron 200 presos para colaborar en su construcción, con lo que se logró que a finales de aquel mes estuviesen casi concluidos. El emplazamiento y su construcción se encomendaron a los comandantes de estado mayor y de ingenieros Enrique Toral y Juan Montero.

Manila contaba para su defensa con seis batallones de infantería, 8.000 voluntarios, 4.000 fusiles mauser y 2.000 remington, junto con ocho millones de cartuchos mauser y tres millones de remington.

Mientras en Filipinas las autoridades españolas tomaban estas medidas, la flota del comodoro norteamericano Dewey se aprestaba para la guerra. El 27 de enero de 1898 recibía la orden de no licenciar a los marinos veteranos que hubiesen cumplido su tiempo de alistamiento, ordenándosele llevar su flota a Hong Kong, llenar los polvorines y carboneras al completo y pintar los buques de gris. La guerra en el Pacífico, 20 días antes de la explosión del Maine, estaba ya preparándose.

El 9 de abril de 1898 llegaba a Manila el vapor correo «Isla de Panay», conduciendo al general Basilio Agustín para sustituir de Primo de Rivera al frente de las Filipinas.

La guerra fue declarada por los Estados Unidos a España el 25 de abril, pero con efectos retroactivos al 21, para dotar así de legalidad el bombardeo del puerto cubano de Matanzas y la captura de varios barcos que enarbolaban el pabellón español en aguas del Caribe antes de declarar la guerra.

Desde un primer momento las autoridades españolas de Manila dictaron medidas de urgencia encaminadas a poner en pie de guerra el archipiélago. Se decretó el alistamiento de todos los funcionarios públicos hasta la edad de cincuenta años, el reclutamiento obligatorio de todos los españoles peninsulares y de sus hijos a partir de dieciocho años de edad. Se dispuso que el batallón y escuadrón de Leales Voluntarios de Manila y las guerrillas de San Miguel, San Rafael y Casino Español se

pusiesen en armas con todos los efectivos que tenían durante la insurrección tagala y se creó una milicia de tropas indígenas filipinas, decisión que se mostraría funesta por sus consecuencias¹⁰.

España disponía en Filipinas de una pequeña escuadra destinada a realizar operaciones coloniales, de policía, características de las Filipinas e islas del Pacífico español. Esta flota fue dañada por la escuadra norteamericana en el combate de Cavite de 1 de mayo de 1898 y terminada de hundir por los propios españoles, al no llegar a comprender el almirante español Montojo en la situación en que se encontraban los teóricos vencedores del combate y la capacidad de combate que aún le quedaban a sus unidades.

Ningún buque español resultó hundido por el fuego enemigo durante el combate. Los dos buques más importantes de la flota española volaron como consecuencia de los incendios que se habían producido en la batalla naval y que se propagaron a toda la nave al ser abandonados por sus tripulantes, siendo el resto de los barcos españoles hundidos por sus tripulantes, sin presentar combate en la segunda parte de la batalla. La escuadra española tuvo 60 muertos en combate o como consecuencia de las heridas y 193 heridos, muchos de ellos leves.

Una vez derrotada la flota española, los norteamericanos bombardearon el arsenal y la ciudad de Cavite, logrando ocupar la ciudad, su fundamental estación naval y su puerto casi sin resistencia. Unas conquistas que les permitió consolidar su posición en Filipinas e iniciar la conquista del archipiélago. La derrota de la escuadra española frente a Manila y la subsiguiente

¹⁰ Esta medida iba en la misma línea de actuación que la adoptada por Primo de Rivera durante la insurrección tagala de 1896-97 y que se mostró entonces acertada. A esta decisión sólo se opuso el fiscal Vidal y Gómez que manifestó que le parecía un error armar a los tagalos, manifestando que por el contrario lo que había que hacer era concentrar a toda prisa las tropas peninsulares en Manila y reorganizar las fuerzas de voluntarios europeos ante lo que veía no sólo como una guerra contra los Estados Unidos, sino también como una nueva e inevitable sublevación nativa. La decidida postura del obispo de Manila Nozaleda en favor de la milicia indígena resultó determinante para el nacimiento de las mismas.

caída del arsenal y plaza de Cavite había condenado de forma irremisible el futuro de España en Filipinas.

Las fuerzas que mandaban el comodoro Dewey habían logrado en sólo unas horas una victoria naval y terrestre. Habían terminado con las fuerzas navales españolas en el Pacífico y habían obtenido una base naval en Asia Oriental, que había de demostrarse como fundamental para la suerte de la guerra naval en aquella parte del mundo, pues «*hemos de considerar que, como sabía muy bien éste (Dewey), todo lo que no fuera por su parte una completa victoria equivaldría a una derrota, pues ni tendría lugar alguno donde reparar sus averías, ni podría carbonear sus buques, ni podría retroceder cruzando el Pacífico para refugiarse en una base propia. Su única salvación sería pasar por la humillación de dejarse internar en un puerto neutral*»¹¹.

A pesar de la terrible derrota de Cavite, el capitán general del archipiélago Agustín tenía muchas bazas que jugar. Como muy bien comprendían los peninsulares, tanto civiles como militares, la soberanía española estaba segura siempre y cuando la población nativa del archipiélago se mantuviese fiel y dispuesta a luchar en favor de España; situación que conocían también los norteamericanos, por lo que se apresuraron a facilitar el regreso de Aguinaldo a las Filipinas.

Las Filipinas, aisladas de España, sólo podían contar con sus propias fuerzas, esencialmente con las tropas peninsulares de guarnición en el archipiélago y los escasos refuerzos que entre la población blanca y algunos nativos fieles se pudiesen reclutar de prisa y corriendo, para luchar contra norteamericanos y katipuneros.

España sólo podía reforzar las Filipinas enviando la Escuadra de Reserva del almirante Cámara, flota que con su sola llegada a las Filipinas hubiese inclinado de forma definitiva la guerra en el Pacífico a su favor, pero que no pudo llegar al mar de China al impedirle los británicos cruzar por el canal de Suez. En este estado de cosas la batalla terrestre por el control de Manila iba a ser, sin lugar a dudas, el hecho de armas que decidiese quién había de quedarse con las Filipinas.

Las fuerzas españolas diseminadas por Luzón y por todo el archipiélago se componían de pequeñas guarniciones incapaces de agruparse en columnas de cierta entidad para converger con rapidez y orden sobre Manila; buen ejemplo de esta situación es la guarnición española del pueblo de Baler¹². Las unidades más numerosas, como las que formaban las columnas del general Peña, la de Monet o la del teniente coronel Albertí intentaron dirigirse a Manila, pero sus relativamente escasos efectivos, lo duro del terreno, unido a la resistencia encarnizada de las guerrillas indígenas —por día más numerosas y mejor armadas— impidieron que estas fuerzas pudiesen llegar y concentrarse en Manila. La columna del general Peña, que había salido de Cavite, con unos efectivos de unos 1.500 hombres, de ellos 650 peninsulares, no pudo llegar a Manila de la que sólo le separaban 30 kilómetros escasos¹³. Las columnas enviadas desde Manila para apoyar los intentos de avance de Peña no lograron su objetivo a pesar de contar cada una de ellas con 500 hombres¹⁴. La capital de España en Asia contaba para su defensa con unos efectivos muy reducidos, así como unas defensas obsoletas e inefica-

¹¹ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R., *La Guerra del 98. Las campañas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas*, Aguilar, Madrid, 1998, pp. 120.

¹² MARTÍN CERREZO, S., *La pérdida de Filipinas*, Historia 16, Madrid, 1992.

¹³ TORAL, J. y J., *1898, el sitio de Manila, memorias de un voluntario*, Editora Nacional, Madrid, 1942, pp. 56.

¹⁴ Para un combate colonial las fuerzas que actuaban en esta operación eran muy numerosas. Hay también que considerar que estamos hablando de los primeros días de la guerra, cuando aún las fuerzas de Aguinaldo no estaban perfectamente organizadas y armadas. Estos datos son muy importantes para evaluar la cantidad y capacidad de resistencia y ataque de los tagalos de Cavite. No olvidemos que tanto españoles como indígenas eran en muy alto porcentaje los mismos veteranos que habían hecho la recién terminada guerra de 1896-97.

ces para la guerra que se avecinaba, o demasiados débiles dado la premura con que se habían construido.

En Manila disponía España de las siguientes fuerzas: la defensa exterior estaba basada en algunas construcciones ya existentes, en los blocaos mandados construir por Primo de Rivera, y en un sistema de trincheras de nueva construcción. La guarnición de Manila, se dividió en sectores: el derecho mandado por el general de artillería Arizmendi y los tenientes coroneles del mismo arma Golobardas y Bonet con unos efectivos de 1.500 hombres; el centro, mandado por el general de ingenieros Rizzo, el coronel Rosales y los tenientes coroneles Calderón y Manzanares, con 900 hombres; el izquierdo lo mandaba el general Palacios primero y el coronel Carbó después, contando 500 hombres entre carabineros, voluntarios pampangos, marinería y fuerzas de artillería de plaza. A este dispositivo se unían cinco sectores o líneas mandados respectivamente por: línea Muntilupá a La Piñas, por el coronel Victoria Pintos, con 930 hombres de los que sólo 230 eran fuerzas regulares, siendo el resto parte del tercio Anda Salazar, que luego se pasarían en masa a los tagalos. La línea Muntinlupa a Taguig, responsabilidad del coronel Lasala y el teniente coronel Rosetti, disponía de 500 hombres de los cuales sólo 100 pertenecían al ejército peninsular. La línea Tambobong, Montalbán y Mariquina la mandaba el coronel Carbó, con 450 efectivos, la mayoría indígenas. Existían dos líneas menores a cargo del coronel Alberdí —entre Santa Misa y San Juan del Monte— y el teniente coronel Colorado —San Juan del Monte— que contaban con fuerzas del batallón de ingenieros, tropas nativas y unos 200 peninsulares. Como refuerzo se crearon tres columnas volantes, con 1.600 hombres en total, bajo el mando de los tenientes coroneles Soro, Hernández e Iglesias, a los que luego se

sumó la mandada por Dujiols. Para vigilar los arrabales de Manila se creó una columna mandada por el coronel Pintos, con 400 soldados peninsulares, los voluntarios europeos de las guerrillas de San Miguel y del Casino, cinco compañías de voluntarios y tres de los llamados provisionales. Tenían como misión vigilar puentes, edificios y algunas calles fundamentales de la plaza. En total las fuerzas españolas que guarnecían la ciudad eran de unos 6.500 a 7.000 hombres, buena parte de ellos nativos, con la misión de proteger un perímetro de unos 15 kilómetros, en el que se encontraban refugiadas unas 70.000 personas¹⁵.

La de ya por sí grave situación empeoró por la continua desertión de las fuerzas nativas que se habían alistado en las milicias que con motivo de la guerra habían sido creadas, así como de unidades completas de nativos del ejército regular. Salvo contadas unidades, estas fuerzas se pasaron al ejército de Aguinaldo con armas y bagajes, sin que los escasos jefes europeos que las mandaban pudiesen evitarlo, dándose por contentos los que pudieron salvar su vida.

Una vez derrotada la flota de Montojo, el comodoro Dewey exigió la rendición inmediata de Manila, pero sin resultados. El mando norteamericano, a pesar de la negativa española, no bombardeó Manila: la escuadra yanki había gastando la mayor parte de su munición, siéndole muy difícil reponer sus paños al estar a unas 7.000 millas de su base más cercana, por lo que tenía que ahorrar munición hasta la llegada de suministros. Además, los efectivos terrestres con que contaban los norteamericanos eran muy escasos y, a pesar de contar con el apoyo de las fuerzas de Aguinaldo, no podían arriesgarse a una derrota terrestre de consecuencias impredecibles ante los españoles y ni siquiera a una victoria pírrica que pusiese el archipiélago en manos de los tagalos.

¹⁵ TORAL, J. y J., 1898, *el sitio...*, pp. 195-199.

El 1 de junio fue definitivamente sitiada por tierra Manila por las fuerzas tagalas, siendo ya el asedio completo, dado que desde principios de mayo la flota de Dewey había logrado el bloqueo naval de la bahía de Manila. El asedio, combates y asalto se habían de prolongar a lo largo de 105 días, entre el 1 de mayo y el 13 y 14 de agosto de 1898.

A lo largo de los meses de mayo, junio, julio y agosto, las numerosísimas fuerzas de Aguinaldo, cada día mejor armadas, intentaron sin éxito romper la línea exterior de defensa de la ciudad. Los ataques de los tagalos, a pesar de estar muy mal organizados, resultaban peligrosos dada la extensión del perímetro de defensa y, aunque estas fuerzas no tenían un armamento muy moderno — tenían poca artillería y la que tenían la empleaban muy mal—, su gran número — 30.000 hombres con armas de fuego y unos 100.000 con armas blancas— convertían sus ataques en muy peligrosos. Cualquier fallo en la potencia de fuego de los defensores, que permitiese al enemigo acercarse en fuerza a las líneas defensivas, hubiese supuesto la ruptura del frente y la caída de la ciudad.

El primer gran ataque contra las líneas defensivas de Manila se produjo el 5 de junio. Una columna de entre 4.000 y 5.000 tagalos atacó las posiciones defendidas por el tercio de Bayambang, compuesta por tropas indígenas fieles a España, mandados por el capitán Acevedo y formada por 300 hombres. Tuvieron que retroceder a Taguig donde estaba el jefe del sector izquierdo, coronel Lasala con otros 300 hombres más, viéndose obligados a replegarse todos hacia Guadalupe, gracias al apoyo de las fuerzas del capitán de fragata Juan de la Concha, compuesta por marinería y tropas indígenas del regimiento nº 70 que protegieron su retirada. Finalmente los asaltantes fueron rechazados.

Por estas fechas las deserciones de las milicias filipinas eran constantes, como ocurrió con la mayor parte del tercio Anda Salazar, mandados por Buen Camino y con las fuerzas de Pío del Pilar, lo que provocó la ruptura de la línea defensiva Zapote-Bacoor. El repliegue de las fuerzas del coronel Lasala forzó a los defensores a permanecer dentro del perímetro de la ciudad, con la excepción de los sectores de Santa Ana, San Juan del Monte y Santolan. Desde el instante que se rompió esta línea el cerco de Manila era una realidad, estando la plaza sitiada por tierra y mar y aislada totalmente del resto de la colonia.

En la segunda quincena de junio la situación siguió empeorando, construyendo los tagalos trincheras para acercar sus posiciones a las defensas de los sitiados, siendo los ataques generalizados sobre toda la línea, aunque tomaron especial dureza en la zona de San Juan del Monte, por querer los insurrectos capturar los depósitos de agua que surtían la ciudad¹⁶.

Mientras que las fuerzas tagalas acosaban noche y día las líneas españolas, los norteamericanos esperaban pacientemente, concentrando más y más fuerzas de infantería en espera de dar el asalto definitivo. A mediados de junio la brigada de Anderson desembarcó en Maytubing, acampando por los alrededores de Cavite y en las playas de Parañaque.

Las carencias entre la población civil y los tropas defensoras de Manila eran cada día más acuciantes, viéndose agravadas como la pérdida de la posición Santolán, en la que estaba la bomba que nutría de agua la ciudad, lo que obligó a su racionamiento —3 horas al día—, pudiéndose resistir gracias a que las lluvias del monzón llenaron los viejos aljibes de la ciudad.

Durante la primera quincena de julio los combates más duros fueron en el sector del centro y el derecho —

¹⁶ Mientras esto ocurría la flota de Cámara salía de Cádiz el 16 de junio, compuesta de los acorazados «Carlos V» y «Pelayo» con 18.200 toneladas y dotados con cañones de 315 y 275 mm, dos cruceros y tres cazatorpederos. Debía marchar a toda prisa hacia el Pacífico vía canal de Suez. Su llegada a Filipinas hubiese inclinado de manera ineludible la situación a favor del bando español.

blocaos 13, 14 y 15, y sus trincheras intermedias—; así como en la zona de San Juan del Monte y Santa Ana, estando varias veces a punto de romper la línea los tagalos por el blocao 9, siendo también asaltadas las defensas del barrio de Mandalayon defendidas con éxito por el general Rizzo.

El día 22 de julio, por primera vez, se notó la presencia de tropas americanas frente a las posiciones españolas, aunque con el único objetivo de que se fuesen fogueando. La presencia de éstos hizo que los ataques filipinos aumentasen, intentado, por dos veces consecutivas, romper la línea por San Pedro Macatí, para luego intentarlo por la zona donde los atrincheramientos eran más débiles, entre Santa Ana y la Concordia.

Los días 22, 26, 27, y 30 de julio se produjeron fuertes ataques por parte de numerosos grupos nativos que finalmente pudieron ser rechazados. Aguinaldo quería tomar la ciudad sólo, con sus propias fuerzas, antes de que el asalto inevitable de las tropas yanquis se produjese. El control de Manila por sus partidarios le habría supuesto un paso trascendental para el logro de la independencia.

El 27 de julio algunas bombas alcanzaron las murallas de Manila por primera vez en las calles Solana y de Palacios, en el colegio de Santa Isabel y otros edificios, aunque no causaron ninguna baja. Las que cayeron fuera de las murallas sí causaron algunos muertos, como la que impactó en el dormitorio del regimiento n° 73 matando a un cabo y dos soldados e hiriendo a ocho individuos de la clase de tropa.

El 31 de julio las fuerzas norteamericanas estaban ya listas para el asalto de la ciudad. La flota de Cámara había recibido la orden de regresar a la Península. La suerte estaba echada. Empezaba el combate definitivo por Manila. Todo terminaría el 13 de agosto.

En la mañana del 5 de agosto, cuando los sitiados acababan de recibir noticias del desembarco de más tropas americanas en Parañaque, el capitán general Agustín, obedeciendo órdenes del gobierno de Madrid, hacía entrega del mando al Segundo Cabo de Manila, el general Fermín Jáudenes. A pesar de la postura poco decidida que había hecho gala Agustín durante estos días y sus escasas salidas al frente o por las calles de la ciudad, a toda la población le extrañó esta medida. El día 18 de julio Agustín había enviado un telegrama a Madrid por el que informaba que tras conocer la retirada de la flota de socorro del almirante Cámara consideraba imposible conservar Manila. El día 4 de agosto se ordenaba su destitución. A su sucesor, Jáudenes, sólo le quedó el honor de ser el último defensor de Manila.

El 13 de agosto las tropas españolas se prepararon para rechazar el asalto final¹⁷, que dio comienzo con un fuerte bombardeo naval de la ciudad que demolió muchas de los blocaos y trincheras españolas. Después de unos amagos de ataques terrestres, las fuerzas norteamericanas sustituyeron a los tagalos en la mayor parte de la línea de fuego de todo el frente. Las brigadas yanquis de Greene y Mac-Arthur iniciaron el asalto de las posiciones defensivas españolas. La fuerza del ataque obligó a los españoles a retirarse a la casi inexistente segunda línea de defensa.

La retirada fue muy desorganizada, a pesar de los esfuerzos de jefes como Dujiols, Hernández, el coronel Victoria o el propio general Arizmendi. Cuatro secciones de cazadores y una de marinería fueron copadas por los tagalos y capturadas. Una compañía aislada sostuvo la retirada hasta que las fuerzas llegaron a la iglesia del barrio de la Ermita. La retirada de los blocaos 12, 13 y 14 abrió una brecha en la segunda línea de defensa que obligó a un contraataque español a la bayoneta que

¹⁷ Pensemos que el asedio había durado 105 días, el doble que los famosos 55 días en Pekín, siendo los combates mil veces más numerosos y de una mayor dureza.

logró, por algún tiempo, recuperar algunas posiciones ya en manos americanas, lo que permitió la retirada de algunas fuerzas retrasadas. A pesar de todo este esfuerzo, muchas tropas, como las que defendían la Concordia y el fuerte de Santa Ana, no pudieron retirarse y cayeron en manos enemigas.

En el momento que las fuerzas que aún quedaban operativas se disponían a hacerse fuertes en las murallas de Manila, Arizmendi recibió orden de que cesasen las hostilidades y que acudiese al convento de San Agustín, pues se habían iniciado las conversaciones con los norteamericanos para la rendición de Manila.

La aparición de una bandera blanca en el fuerte de San Diego, lugar en que se hallaba el General en Jefe español, llevó a Dewey, sobre la diez y media de la mañana, a ordenar a su escuadra que suspendiese el fuego. Inmediatamente tropas del regimiento de Colorado, de la brigada de Greene, cruzaron las trincheras españolas. La bandera española que aún ondeaba en el fortín de San Antonio Abad fue arriada por un soldado yanqui, el cual izó una bandera de su nación.

Una vez que Jáudenes aceptó parlamentar, el coronel de E.M. Olaguer Feliú y el intérprete Casademunt fueron al Malecón a recibir a dos jefes norteamericanos, el teniente coronel C.A. Whitier del ejército y al teniente Brumby de la marina. En el Ayuntamiento se entrevistaron con Jáudenes y con los generales Tejeiro y Arizmendi, almirante Montojo y auditor Peña. La entrevista duró cinco horas.

Las tropas españolas, conocida la noticia de la rendición, se dirigieron a sus respectivos acuartelamientos a la espera de órdenes. A pesar de esto, durante casi treinta horas, en algunas de las líneas exteriores tropas españolas siguieron luchando contra las fuerzas tagalas.

La plaza fue ocupada y las tropas españolas desarmadas antes que la conferencia entre Jáudenes y los americanos hubiese terminado. Antes de que se llegase

a un acuerdo en los términos de la capitulación, la ciudad estaba tomada por la división de Anderson. No había posible marcha atrás.

Para finalizar, no olvidemos señalar que cuando las tropas yanquis rompieron las líneas defensivas de Manila sus jefes ya sabían que los gobiernos de Washington y Madrid había firmado el armisticio y que ambas naciones negociaban la paz. La guerra terminó como había comenzado, ignorando los agresores todas las reglas de la guerra en una época en la que el honor y la caballerosidad eran todavía parte del patrimonio de los hombres, de los ejércitos y de las naciones.

La resistencia por tierra en el resto de archipiélago también se prolongó bastante tiempo tras la rendición de Manila, caracterizándose estos combates por la resistencia más o menos larga de pequeñas guarniciones aisladas. Por todas las Filipinas la situación era gravísima, lo único que diferenciaba unas provincias de otras era el nivel que había alcanzado la insurrección tagala —ya que las fuerzas norteamericanas sólo operaron hasta la rendición de Manila en torno a esta ciudad— y el número de los combates que siempre se caracterizaban por la dureza y crueldad de los nativos hacia las fuerzas españolas.

De todos los hechos de armas en que se vieron envueltas las pequeñas guarniciones españolas en el islario filipino destaca la heroica resistencia de la guarnición del pueblo de Baler. A lo largo de 337 días la guarnición de Baler, perteneciente al batallón expedicionario nº 2, una de las unidades formada a toda prisa para socorrer el archipiélago en 1896 cuando estalló la insurrección del Katipunan, resistió un asedio contra fuerzas muy superiores totalmente aislados y sin noticia ninguna de la suerte que habían tenido las fuerzas españolas en la guerra. El 2 de junio de 1899 se rendía la última bandera española que ondeaba sobre suelo filipino, en Baler¹⁸.

¹⁸ MARTÍN CERESO, S., *La pérdida de* pp. 169.

Entre 1895 y 1898 España realizó un importante esfuerzo financiero para obtener los recursos que exigían las guerras para conservar su imperio colonial. Las finanzas españolas estaban muy quebrantadas por los altos y prolongados costes de la guerra de Cuba. Cuando estalló la insurrección filipina en 1896, el gobierno Cánovas tuvo serios problemas para lograr los fondos necesarios para sufragar los gastos de cerca de 10 millones mensuales que absorbía este nuevo conflicto colonial.

Cuando la guerra con Estados Unidos estalló, este breve conflicto se financió con los restos de las existencias de la guerra 1896/97, fruto del reintegro de los anticipos realizados por la Caja de Filipinas para la campaña de Cuba. Como las Filipinas quedaron aisladas de España y su capital Manila sitiada, resultó imposible cualquier tipo de demanda económica a la metrópoli, ajustándose las necesidades a los propios recursos de aquel gobierno. El desarrollo del conflicto hizo que éste fuera de escaso coste económico. Frente a los 38.490.681 pesos, es decir 192.453.405 pesetas, que costó la insurrección de 1896/97, la guerra con Estados Unidos en el Pacífico sólo ascendió a 4.484.804 pesos 22.424.020 pesetas¹⁹.

Desde el punto de vista militar, la derrota había sido tan apocalíptica que nadie se atrevía a proponer la continuación del esfuerzo bélico. Tras el armisticio cesaron

las hostilidades en ambos frentes. Todo se había perdido. Ya sólo quedaba el triste proceso de la repatriación de los prisioneros de guerra y de la población civil del archipiélago rumbo a España.

BIBLIOGRAFÍA

- GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P., *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2003, pp. 281.
- MARTÍN CERESO, S., *La pérdida de Filipinas*, Historia 16, Madrid, 1992.
- RAMOS, D., «La situación bélica en Puerto Rico en torno al 1898», *El Ejército y la Armada en el 98*, Madrid 1998, pp. 101-114.
- REGAN, G., *Historia de la incompetencia militar*, Crítica, Barcelona, 1989.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R., *La Guerra del 98. Las campañas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas*, Agualarga, Madrid, 1998, pp. 120.
- ROLDÁN, I., «Guerra y finanzas en la crisis de fin de siglo: 1895-1900», *Hispania*, vol. LVII/2, num. 196, 1997, pp. 633- ss.
- TORAL, J. y J., *1898, el sitio de Manila, memorias de un voluntario*, Editora Nacional, Madrid, 1942, pp. 56.

¹⁹ ROLDÁN, I., «Guerra y finanzas en la crisis de fin de siglo: 1895-1900», *Hispania*, vol. LVII/2, num. 196, 1997, pp. 633- ss.